

de hacer de las viejas?" y respondió otro diciendo: "hacerlas que tejan y hilen y nos hagan bragas; y si no quisieren, matarlas y echarlas en esas barrancas para que las coman auras, y matar á los niños para que no nos den guerra como sus padres, y después que estemos hartos de las mozas, las daremos á los mozueros para que se aprovechen de ellas."

Muy de reposo estaban en estas cuentas antes que se acabase la comida y plática, y los nuestros con gran sentimiento de oírlos, y las mujeres, como flacas, lloraban entendiendo se habían de ver en lo que los enemigos decían, según las victorias que habían tenido; pero el gobernador Oñate, viendo el reposo con que los enemigos estaban, llamó á toda la gente de á caballo y les mandó que se armasen, porque era ya tiempo y llegada la hora de Dios para pelear y vencer ó ser vencidos, que de su parte tenían á Dios, pues peleaban por su fé (dícese que tuvo revelación de este hecho, por la victoria que se siguió, donde peleó Santiago, San Miguel y los ángeles, como en el capítulo siguiente se verá).

CAPITULO CXIX.

En que se prosigue la materia del pasado.

Año de 1541. Habiendo visto la determinación del gobernador, les pareció á algunos de los capitanes y soldados que no convenía se hiciese, porque no sucediese al revés de lo que pensaban. Oyéndolo el dicho gobernador, les dijo que qué cobardía era aquella y que cuando no quisiesen salir, abriría el fuerte para que entrasen los enemigos y los acabasen como á cobardes y traidores á su Dios y rey, y con esta sofrenada, se pusieron todos en arma

para salir á la batalla, y él se armó y subió en su caballo y mandó que se hiciesen tres cuadrillas, y que en cada una fuesen diez soldados llevando por capitán á Juan de Moncivai, que era buen hombre de á caballo y animoso, y que saliesen por una puerta y volbiesen á entrar por otra, y que luego los otros saliesen más adelante ganando tierra y matando cuantos hallasen, y luego mandó que los soldados de á pié guardasen las estancias que tenían y la casa fuerte, y á los de las puertas y sus capitanes guardasen las puertas para que con el tropel de los caballos no entrasen los enemigos, y que no dejasen salir soldado de los de á pié, y mandó al capitán Diego Vásquez guardase las mujeres con diez soldados.

Después de esto, el Br. Bartolomé de Estrada les predicó un sermón y plática en que les trató de la victoria que los ángeles tuvieron en el cielo contra Lucifer, cuyos ministros eran aquellos indios; que se esforzasen porque San Miguel les ayudaría y el Sr. Santiago, patrón de España y de sus españoles, y que de parte de Dios les aseguraba la victoria y sabía habían de vencer, pues estaban confesados y dispuestos, y que hiciesen como caballeros esforzados, y tendrían ante Dios gran premio por pelear en su causa, por haber quemado su iglesia, profanado sus imágenes y haber cometido tantos sacrilegios y muertes de cristianos; que ya era llegada la hora, que estuviesen ciertos de la victoria, porque aquel día era de mercedes por ser día del arcángel San Miguel, que sería con ellos, y tan gran sermón les hizo como él los solía hacer, con que todos derramaron muy copiosas lágrimas; y habiendo acabado, les echó la bendición diciendo: "Dios todopoderoso y los ángeles, sean con todos: ea, caballeros, ánimo," y se entró do las mujeres y niños estaban, y el padre Alonso Martín se puso delante de un Cristo de rodillas, cantando las letanía y psalmos, pidiendo á Nuestro Señor la victoria, haciendo esta plegaria con muchas lágrimas, y luego entraron algunos á despedirse de sus mujeres y hijos, y habiendo salido, subieron en sus caballos, y puestos en orden como estaba mandado, dijo el gobernador: "Ea, señores, ya es tiempo, salgan los diez de á caballo," y se disparó un tiro que llevó

toda la gente de la calle, y salieron los diez de á caballo y fueron rompiendo por en frente de la iglesia hasta la esquina de Miguel de Ibarra, y de allí volvieron y se entraron por la otra puerta de la esquina; y luego salió otra cuadrilla y fué abriendo hasta la casa de Juan Sánchez de Olea, y plaza grande, y al volver, cayó del caballo Francisco Orozco, por haber tropezado en unas vigas que estaban en un caño de agua, y viéndolo caído, le echaron mano los indios, le hicieron tajadas y el caballo disparó entre los enemigos. Dió harta pena su muerte, porque era un hombre honradísimo, de muchas gracias y de mucha estima; y vista la desgracia por el gobernador, dijo desde una ventana: "Ea, caballeros, vamos todos los de á caballo," y él cogió su caballo, y al salir dijo á todos: "¡Santiago sea con nosotros!" y en un instante dieron en los enemigos, con tan gran tropel y tan recio, que matando y hiriendo, no quedó enemigo en la ciudad que no alanceasen, y aquí se dijo peleó Santiago, San Miguel y los ángeles; y luego salieron todos los soldados de á pié, y no dejaron indio á pié que encontrasen; y Romero, que era uno de los de á caballo, pareciéndole que quedaba la ciudad sola, como tenía hijos y mujer, volvió á la ciudad, y pasando por su casa, hallóla quemada; y fuese por la calle abajo y dió vuelta hacia la casa de Hernán Flores, y mirando la calle arriba, vió en una loma que estaba sobre la casa fuerte, más de dos mil indios caxcanes que se venían á meter en ella y querían coger el caballo de Orozco, que solo andaba entre ellos escaramuceando, y visto por Cristóbal Romero fué corriendo á la casa fuerte á avisar disparasen la artillería hacia donde estaba aquella gente, y él pasó adelante y se metió entre los enemigos, y comenzó á pelear y alancear indios, y dió una lanzada á un capitán de ellos, y al sacar la lanza se le tronchó en la espaldilla, quedando la mitad con una punta, como astilla, y con ella mató y alanceó más de ciento de ellos y les quitó el caballo de Orozco, y viendo los enemigos el destrozo que hacía, se fueron huyendo, y los venció.

Y al estruendo de la artillería, que lo oyó el gobernador, vino Diego Vásquez, mientras Romero peleaba, y le llamaba á

grandes voces diciendo: "Vuelta, señor capitán, que los enemigos se nos entran en la ciudad por la parte de las barrancas," y fueron Vásquez y el gobernador al socorro, y no hallaron enemigo en la ciudad ni otra persona que á Romero que venía á ellos con el caballo de Orozco ensillado y enfrenado, que había vencido á los dos mil indios y echádoslos fuera. Y era tanta la multitud de gente que murió de los enemigos, que las calles y plazas estaban llenas de cuerpos muertos, y corrían arroyuelos de sangre, con que mandó el gobernador tocar á recoger, y á las dos de la tarde se juntó todo el campo, y se halló que fueron más de cincuenta mil indios los que vinieron sobre la ciudad, que fué cosa de admiración. Duró la batalla tres horas, y murieron más de quince mil indios; de los nuestros no faltó más que uno, y fué Orozco; y así que llegó y se recogió el campo, todos se fueron por la ciudad á ver sus casas, y hallaron en ellas muy gran suma de indios escondidos en los hornos y aposentos, y preguntándoles que á qué se habían quedado allí, dijeron que de miedo, porque cuando quemaron la iglesia, salió del medio de ella un hombre en un caballo blanco, con una capa colorada y cruz en la mano izquierda, y en los pechos otra cruz, y con una espada desenvainada en la mano derecha, echando fuego, y que llevaba consigo mucha gente de pelea, y que cuando salieron los españoles del fuerte á pelear á caballo, vieron que aquel hombre con su gente andaba entre ellos peleando, y los quemaba y cegaba, y que con este temor se escondieron en aquellas casas y no podían salir ni ir ni atrás ni adelante, por el temor que le tenían, y que muchos quedaron como perláticos, y otros mudos. Este milagro representan cada año los indios en los pueblos de la Galicia.

Siempre se entendió ser obra del cielo, según la gente que allí se venció y mató, porque fuera imposible vencer tantos enemigos si no fuera con el ayuda de Dios, de Santiago y de los ángeles, que en tales ocasiones se acuerda de los suyos, lo cual se confirmó con lo que dijeron los indios enemigos que se hallaron en las casas. Mandó el gobernador juntar á todos

aqueellos indios, que eran mucha cantidad, junto á un árbol grande que llamaban zapote, que estaba en medio de la plaza, y allí mandó hacer justicia de ellos. Cortaron á unos las narices, á otros las orejas y manos y un pié, y luego les curaban con aceite hirviendo las heridas; ahorcaron y hicieron esclavos á otros, y á los que salieron ciegos y mancos, por haber visto la santa visión de Santiago, muy bien hostigados los enviaron á sus tierras, y fué tal el castigo, que hasta el día de hoy jamás volvieron á la ciudad.

Fué esta una de las más maravillosas batallas que hubo en la Nueva España y Galicia, y más milagrosa POR haber vencido tanto número de enemigos con tan poca gente. Pero fueron ayudados del favor divino; PUES SIN ÉL fuera imposible vencer, y si los enemigos salieran con la victoria, no quedara cosa en la Nueva España, según iban de pujantes. ¡Sea Dios bendito por todo!

CAPITULO CXX.

En que se trata cómo después de haber vencido y echado los enemigos de la ciudad del puesto de Tlacotlán, se trató de que la ciudad se poblase en los llanos del valle de Tonalán, y de otras cosas.

Año de 1547. Así que se venció la batalla y fueron echados los enemigos de la ciudad, el gobernador Cristóbal de Oñate, los soldados y vecinos, cogiendo una cruz y el estandarte, fueron con los sacerdotes que allí había á la iglesia, cantando el *Te Deum laudamus* y letanía en procesión á un altar que fuera de la iglesia se había aderezado para este efecto (por estar la iglesia quemada) cerca de la casa fuerte, dando mil alabanzas al Señor por la merced tan singular que Su Divina Majestad les había hecho

en librarlos de tanta multitud de enemigos, siendo ellos tan pocos. Iban todos armados, pues no se descuidaban un punto, y llegados al altar, se dijeron las vísperas muy solemnes, las cuales acabadas, se volvieron á la casa fuerte y pusieron su pendón en una esquina, y todos se fueron á comer, porque aquel día no habían comido, ni tenido una hora siquiera de reposo por acudir al reparo y defensa de tanta fuerza de enemigos, y después de haber descansado y comido toda la gente, como á las cinco de la tarde, víspera del Señor San Miguel, mandó el gobernador que todos se armasen y subiesen en sus caballos dentro de la plaza de la casa fuerte, y estando juntos, mandó hacer alarde y halló toda su gente, si no es Francisco de Orozco, que le mataron, como queda dicho, y trajeron allí su caballo ensillado y enfrenado; hubo muchos que deseaban tener el caballo por ser bueno, y quien más lo deseaba, era Cristóbal Romero, el cual le quitó y ganó de los enemigos; pero el gobernador mandó llamar á Diego de Orozco su hermano. Era un hombre muy femenino, aunque de buen rostro, y le dió el caballo y armas, y en encomienda los pueblos de su hermano, que eran los de Mezquituta y Moyagua, diciéndole quería ver si imitaba á su hermano en el esfuerzo y valentía, y el Diego de Orozco se lo prometió diciendo que, aunque el cuerpo era pequeño, el corazón era muy grande para servir á Dios y al rey, y así lo mostró en todas las ocasiones que se ofrecieron, con mucho esfuerzo y valor.

Hecho esto, y hecha la lista y alarde, dijo el gobernador: "Señores capitanes, caballeros y hijosdalgo, ya V. Ms. han visto en el aprieto en que nos vimos; gracias sean dadas á Dios y á su bendita Madre, Reina de los ángeles, pues con su ayuda conseguimos la victoria; conviene que de aquí adelante, haya más recato y guarda en esta ciudad y casa fuerte, porque estos traidores no revuelvan esta noche, y entiendan que con la victoria hemos dejado las armas y acostádonos á descansar, y nos cojan descuidados; ahora es menester más recato y vigilancia; no hay que fiar de ellos, pues desde tan lejos nos vinieron á acometer y cercar; porque ahora estamos más cercados, y en

mayor peligro de perdernos, y así conviene más guarda y recato." Pareció bien á todos lo que el gobernador decía, y dijeron que S. S. proveyese lo que más conviniese en ello, y así mandó que cada capitán de los de á pié acudiese á sus estancias á hacer su guarda, y que los de á caballo saliesen fuera y velasen la ciudad por sus cuartos, y á los capitanes y soldados que guardaban las puertas, asistiesen á ellas con más veras, porque era la llave de todo. Hecho todo esto, se fueron todos á sus alojamientos, como se ordenó, y el gobernador mandó llamar á Pero Sanchez, el artillero, y le dijo tuviese cuenta con la artillería y no se durmiese ni le sucediese lo que la vez pasada, que se turbó en el combate. Blasonó Pero Sanchez que haría maravillas, y el gobernador le dijo: "¡plegue á Dios que sea así, y no sea necesario que yo acuda á ello!" Cuando salieron los de á caballo fuera de la casa fuerte, iban en orden, de dos en dos, dando vuelta por la plaza, y dispararon una escopeta, que no se supo quien fué, que dió á un Vendesur un pelotazo en la frente, y dió con él muerto en el suelo, que era de los que iban á caballo, lo cual dió mucha pena á todos, y sabido por el gobernador, porque la mujer del muerto le fué á pedir justicia por la muerte de su marido, y eran tantas sus exclamaciones, que el gobernador la metió con las otras mujeres, consolándola y diciendo que él sabría quien le había muerto; y lo que se averiguó fué, que como habían llegado á hacer vela en cada cuartel, sin ánimo de dañar dispararon las escopetas, y acertaron á dar las balas en los de á caballo, sin saber los del cuartel do estaban, y que no hubo malicia en ello, sino desgracia, sin pensarlo ni quererlo hacer, con que el gobernador trató no se tratase de ello.

Aquella noche velaron muy bien, y el gobernador Oñate casi no reposó, acudiendo á todas partes y guardas como valeroso capitán; y una hora antes que amaneciese, mandó al P. Alonso Martín que enterrasen á Vendesur, el difunto del pelotazo, porque se apasiguase la mujer; y después de esto, entraron los de á caballo en la casa fuerte, y dieron razón de cómo no había bullicio de gente de guerra ni otra cosa que los muertos

del día antes. Esto era el día del Señor San Miguel por la mañana, y estando ya todos congregados en la casa fuerte y habiendo descansado, fueron todos con el pendón que tenían y su cruz, llevando la imagen del Señor San Miguel en procesión á su hora á oír la misa mayor, y llegados pusieron la imagen en el altar, que era de guadamacíl dorado, y dijo la misa muy solemne y predicó el Br. Bartolomé de Estrada, y acabada la misa, allí juntos todos, sobre el misal y ara consagrada, hicieron voto de tener por patrón de aquella ciudad, al Señor San Miguel y hacerle altar particular, y en memoria de esta tan gran victoria, sacar cada año su pendón. Para hacer esto, se habían juntado á cabildo el día antes, como cansta del archivo de la ciudad de Guadalajara, y hicieron el auto siguiente:

"A veinte y ocho de septiembre, á las ocho de la mañana, juntos en cabildo pleno el gobernador Cristóbal de Oñate, los alcaldes y regimiento de la ciudad de Guadalajara, y demás vecinos, en presencia del Br. Bartolomé de Estrada y de su compañero el P. Alonso Martín, curas, hicieron voto perpetuo para tener por patrón al gloriosísimo arcángel San Miguel y eregirle particular capilla, y sacar cada año el pendón por las calles públicas, en memoria de tan gran victoria." Lo cual se ratificó al día siguiente, como queda dicho, acabada la misa mayor, y después de esto, se volvieron con el pendón á la casa fuerte, donde subieron todos á caballo, llevando el gobernador Oñate el pendón, y lo trajeron por la ciudad y le volvieron á su puesto, y luego todos se fueron á descansar, porque tenían mucha necesidad de ello, y habiendo descansado y comido, mandó el gobernador á los capitanes recogiesen toda la gente de los indios naboríos de servicio, que había cantidad, y que luego arrastrasen los cuerpos muertos que había en la ciudad y los quemasen, porque comenzaba ya muy mal olor, y porque no causasen alguna peste que fuese peor que el cerco de los enemigos, lo cual se puso por obra, y echaron de una barranca abajo más de mil, y á otros amontonaban y quemaban, y para otros hacían grandes cavas como pozos y allí los arrojaban, y con esto limpiaron la ciudad sin tocar á los que esta-

ban muertos á media legua de ella, que allí los comieron aves y animales, y hartos años permanecieron sus huesos esparcidos en el campo, hasta que el tiempo los consumió, y no fué poco castigo éste ni de pequeño espanto para los enemigos, ver en qué habían parado las reliquias y soberbias de sus antepasados, con que hasta el día de hoy no se han atrevido á alzar.

Otro día mandó el gobernador que se juntase el regimiento en cabildo con los capitanes que había y la gente más principal de la ciudad y vecinos, para tratar de cosas que convenían al servicio de Dios y Su Majestad, y habiéndose juntado todos en cabildo, dijo el gobernador: "Señores alcaldes y cabildo, capitanes y vecinos de esta ciudad, aquí nos hemos juntado en nombre de Dios; conviene tratar en él cosas que sean en servicio suyo y que no haya parcialidades ni facciones, porque de haberlas habido hemos estado en este aprieto; que si desde el principio que Guzmán entró, se poblara en otra parte, como yo intenté, que fué en el valle de Tzapotepec, donde ahora se llama Tuluquilla, ó en los llanos de Atemaxac, no anduviéramos en estos trabajos."

CAPITULO CXXI.

En que se prosigue la materia del pasado.

Año de
1541.

Prosiguió su plática el gobernador diciendo: "Bien veo que ninguno de los que estamos aquí tiene la culpa, sino Nuño de Guzmán, pues estando en Tonalán poblados para quedarnos allí, nos echó diciendo que no quería que en sus pueblos ni en contorno de ellos hubiese villa ni poblazón de españoles, haciéndonos ir al valle de Nochistlán, donde poblamos la villa

en una mesa redonda que parecía la de los Doce Pares de Francia, donde no se tuvo reposo, por estar allí muy estrechos padeciendo muy grandes trabajos por no poder sufrir las amenazas de los caxcanes; la despoblamos y nos vinimos á Tonalán otra vez, y estando allí, con propósito de poblar, sabido por Guzmán, que estaba en la ciudad de Compostela, envió á mi hermano Juan de Oñate para que, como capitán, los echase fuera, y no sabiendo que hacerse, vinieron á poblar en este puesto tan triste y desventurado, á trasmano, cercado de barrancas, con poca agua y sin refugio, y que no tiene sino una entrada, y en especial el inconveniente de tener el Río Grande á un lado, para no poder salir sino con mucho trabajo de cualquier peligro; ahora tenemos la experiencia en la mano, pues conociendo los enemigos el ruin estado de esta ciudad y que estamos cercados de barrancas, por una parte, y de rocas tajadas de la otra, han venido á cojernos á mano por la entrada llana, donde nos hemos visto en tanto aprieto, y más con la avilantez de las victorias pasadas, por vernos sin asiento fundado, ni defensa, que si Dios no acudiera amparándonos, hoy estuviéramos acabados y las mujeres y niños, y pues Dios nos ha librado de ésta, conviene poner remedio, no sea peor la revuelta, y que esto sea con brevedad; salgamos de aquí, busquemos donde se funde esta ciudad y nos aseguremos, que estando segura, lo demás se hará con gusto. Vease dónde será bueno que se pase, que conviene hacerlo así para que se haga el servicio de Dios y Su Majestad, y á todos nos importa, pues va no menos que la vida en ello, y yo de mi parte aseguraré á vuestras mercedes no desampararles hasta morir, y favorecerles y ayudarles hasta que tengan sosiego verdadero."

Acabadas estas razones y plática, no supieron qué responder, sólo se movieron algunas dudas acerca del mudarse al valle de Atemaxac, temiendo que Nuño de Guzmán había de volver á sus pueblos por señor de título y los había de echar de allí; otros eran de parecer que se fuesen á México, y dejasen la tierra y no concordaban en cosa, y el contador Juan de Ojeda dijo que se acabasen de determinar y decir dónde habían